



La crisis ecológica global: razones para el pesimismo

Ginés Díaz Pallarés

Jorge Marsá

Hasta hace poco tiempo, las denuncias de los ecologistas sobre los problemas ambientales eran despreciadas tanto por la mayoría de la ciudadanía como por la casi totalidad de la clase política. Las cosas han cambiado notablemente: los ecologistas han dejado de ser esos agoreros, catastrofistas o aguafiestas y el medio ambiente ha entrado de lleno en la agenda política. Sin embargo, esa transformación del ámbito político apenas ha sobrepasado la aceptación de lo verde como parte de la cosmética de lo políticamente correcto que impera en el último par de décadas. En realidad, los debates sobre la actuación política y los mecanismos democráticos continúa teniendo lugar en el aire, esto es, sin tener en cuenta las bases sobre las que se sustentan la vida de los humanos y sus actividades: los ecosistemas en los que habitamos.

Y cuando hablamos de ecosistemas, la primera palabra que viene a la mente es crisis. Porque, efectivamente, este planeta está inmerso en una crisis ecológica global de proporciones considerables, pero cuyo alcance exacto sólo comprobaremos a lo largo de este siglo recién inaugurado. Esta crisis es el resultado de cómo se han tomado las decisiones durante mucho tiempo, es decir, asistimos a una crisis política, no simplemente a los resultados colaterales de meras aplicaciones tecnológicas. La relación entre los problemas ambientales y la acción política complica sustancialmente el panorama

político y deja escaso margen, desgraciadamente, para el optimismo. Para afrontar la crisis ecológica global debemos transformar notablemente los presupuestos políticos que han marcado todo el siglo anterior. Porque tanto los defensores de las distintas variantes del capitalismo como del socialismo afrontaron sus proyectos políticos desde un punto de partida que hoy se ha demostrado utópico: la posibilidad de un crecimiento económico ilimitado en un mundo finito. Una política ecológica tiene que partir de la asunción de que la reproducción del modo de vida que caracteriza a nuestras sociedades debe transformarse radicalmente si aspiramos a que la especie humana continúe viviendo en condiciones saludables en este planeta o, incluso, simplemente viviendo.

Esa transformación del ámbito político apenas ha sobrepasado la aceptación de lo verde como parte de la cosmética de lo políticamente correcto

En Lanzarote, el desmesurado crecimiento turístico, la evidencia de los límites físicos de la insularidad, y las propuestas y las críticas de algunas personalidades y de sectores de la sociedad civil han logrado que la ‘cultura de los límites’ haya encontrado acomodo en una parte –aún minoritaria, desde luego– de la sociedad lanzaroteña. Sin embargo, los pobres resultados obtenidos en la contención del crecimiento turístico y la evidencia de que continúa estando ausente del debate político nuestra contribución a la crisis ecológica global nos deben llevar a la conclusión de que tanto los presupuestos como las propuestas de la acción política en esta Isla –y en este Archipiélago– deben acometerse desde una perspectiva sustancialmente diferente. Estamos obligados a poner en el primer plano de la agenda política el que, junto a las angustiosas carencias de gran parte de la humanidad, se configura como el gran problema político de los tiempos venideros. Porque la crisis ecológica es, fundamentalmente, el resultado de las políticas aplicadas y los objetivos propuestos durante mucho tiempo en las sociedades ricas del planeta.

La crisis ecológica

Las actividades de todas las sociedades humanas van a verse, antes o después, más mediatizadas aún por la crisis ambiental, cuya existencia se ha convertido ya en una evidencia que revela multitud de datos. Parece difícil cuestionar que la actividad económica de las sociedades industriales ha provocado una sobreexplotación de las fuentes de las que extraemos nuestros recursos y que está sobrepasando la capacidad de los colectores renovables de que dispone la naturaleza para absorber nuestros residuos. Resultan habituales las noticias sobre la cantidad de años en los que podremos continuar extrayendo muchos recursos, la degradación de los suelos, la dis-

minución de los rendimientos pesqueros, la contracción de las superficies forestales, la grave pérdida de biodiversidad, la calidad de las aguas y el aire, la imposibilidad de la atmósfera para continuar absorbiendo dióxido de carbono al ritmo en que lo producimos, etc. De hecho, los datos parecen indicar que los únicos recursos renovables infrautilizados por nuestras sociedades son la energía solar y la fuerza de trabajo humana. En consecuencia, la existencia de límites medioambientales al crecimiento no puede ponerse en duda seriamente. La frontera quizá resulte aún difícil de determinar, pero ya está claro que hay límites. Ha transcurrido más de una década desde que, “en noviembre de 1992, más de 1.500 científicos de 70 países –entre los cuales estaban la mitad de todos los premios Nobel vivos en ese momento– alertaban con un dramático manifiesto titulado ‘Advertencia de los científicos del mundo a la humanidad’, en el que se pedían cambios sociales fundamentales para lograr evitar una catástrofe ecológica global. Aunque algunos no quieran darse por enterados, en realidad este clamor de alarma lleva tres decenios resonando”¹.

No pretendemos abordar en profundidad la crisis ecológica en este artículo, sino exclusivamente las dificultades que nuestras sociedades tienen para instrumentar políticas y comportamientos que puedan paliarla. Razón por la cual, tan sólo dedicaremos unas pinceladas a las tres cuestiones claves de la crisis global: el incremento de la población, la cuestión energética y la pérdida de biodiversidad de los ecosistemas; el aspecto central de los conflictos ambientales en el ámbito insular –el crecimiento turístico–, que ha sido abundantemente tratado en muchos números de esta revista, irá surgiendo a lo largo del artículo.

El crecimiento demográfico

La polémica sobre los riesgos del excesivo crecimiento demográfico, bien para la propia especie humana bien para el resto de las que pueblan el planeta, viene de lejos: en 1798 se publicaba el famoso *Ensayo sobre el principio de población*, de Thomas Malthus, quien sostenía que la producción de alimentos no sería suficiente para abastecer a todos los futuros habitantes del planeta y proponía formas –hoy bastante incorrectas, ciertamente– de controlar el crecimiento demográfico. La polémica sobre esta cuestión ha sufrido altibajos a lo largo de dos siglos; han existido momentos que podríamos calificar de más optimistas y otros de más pesimistas, pero ese debate ha pervivido hasta hoy. Sobre este asunto, también existen visiones esperanzadoras en el ámbito del ecologismo: “La

La relación entre los problemas ambientales y la acción política complica el panorama y deja escaso margen para el optimismo

1. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 317.

producción mundial de alimentos es, hoy en día, muy superior a las necesidades mínimas de la actual población mundial y crece un 30 por ciento más rápido que la población. Si las actuales tendencias continúan, habrá comida más que suficiente para mantener a una población mundial de 10.000 millones cuando se alcance este tamaño relativamente estable”².

Ahora bien, lo cierto es que, a la par que la discusión, continuó creciendo la población. La población mundial rondaba los 1.000 millones de personas en 1798. Transcurrido un siglo, se había producido un aumento del 60 por ciento, y en 1900 la Tierra tenía 1.600 millones de habitantes. Un siglo después, el incremento alcanzó el 400 por ciento; al comenzar la centuria actual son 6.200 millones los humanos que pueblan la Tierra, y se prevé que en el año 2050 oscilen entre 9.000 y 10.000 millones. Resulta obvio que un proyecto político que tuviera sentido para 1.000 ó 1.600 millones de personas deberá sufrir una transformación significativa cuando los destinatarios fluctúen entre los 6.200 de hoy y los 10.000 del futuro inmediato. Así, cuando se habla de crisis ecológica, de globalización, de desigualdades, de pobreza, etc., debe tenerse en cuenta el factor del crecimiento de la población en cualquier propuesta política que contemple criterios globales. Pero sobre todo no queda más remedio que asumir que la extensión de nuestros estándares de vida a una población de 6.000 o de 10.000 millones de personas es, simplemente, imposible. Es decir, la austeridad y la cultura de los límites aparecen como criterios imprescindibles para cualquier política que proponga como un valor fundamental la conciencia de especie.

Energía

Si existe un factor fundamental que contribuya directamente a provocar la crisis ambiental es el energético: “Es sabido que el consumo de energía es uno de los indicadores predilectos de quienes trabajan en torno a los problemas ecológicos. Existen buenas razones para esta preferencia. En primer lugar, el consumo de energía es un indicador *sintético* , esto es, resume en sí mismo una gran variedad de efectos ambientales, algunos de ellos muy graves. No sólo está directamente asociado a la emisión de CO₂ y la consiguiente alteración del clima, sino también al desarrollo del transporte –con sus múltiples secuelas territoriales y de contaminación–, al incremento de los procesos industriales, a la artificialización de la agricultura y a los procesos de urbanización”³. Así que si necesitáramos reducir a una única cuestión las causas de la crisis ecológica de nuestro

No pretendemos abordar en profundidad la crisis ecológica, sino sólo las dificultades para instrumentar políticas y comportamientos para paliarla

2. Barry Commoner, *En paz con el planeta*. Editorial Crítica, Barcelona, 1992, pág. 158.

3. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8, Lanzarote, 2000, pág. 34.

planeta, tendríamos que convenir, con Hermann Scheer, que la “Agenda 1” se dedicaría al problema energético y emergería imperiosamente la necesidad de una *Estrategia Solar* para corregir el rumbo que nos ha conducido al deterioro de los ecosistemas en los que habitamos⁴.

La energía es la arteria vital de cualquier desarrollo natural y social. “De forma correspondiente a su papel fundamental como motor de la producción y de las transformaciones humanas del medio, la energía es el máximo responsable del deterioro ambiental acelerado que estamos viviendo. El 80% de los contaminantes vertidos a la atmósfera proviene de la quema de los combustibles fósiles”⁵. Y el efecto invernadero que están provocando se ha convertido en la mayor amenaza para los ecosistemas del planeta. Sin embargo, pese a que esta situación es ya sobradamente conocida, y a que fue abordada internacionalmente en la cumbre de Kioto, el comportamiento de la mayoría de las sociedades del planeta está siendo justamente el contrario del que se predica como necesario: el consumo de combustibles fósiles no deja de aumentar y, por consiguiente, también las emisiones contaminantes. Y las consecuencias comienzan a aparecer de forma preocupante: Europa anegada por las aguas en el verano de 2002 y al año siguiente asfixiada por la sequía y el calor; la temperatura de la Tierra aumenta; se licua la capa de hielo en el Polo Norte durante el verano y desaparece el 50% de la masa de los glaciares alpinos, provocando la subida del nivel de los océanos; los huracanes se multiplican, y los que tienen consecuencias catastróficas se duplican en cada una de las décadas transcurridas desde 1960.

En el terreno energético destaca, desde luego, lo que está ocurriendo en España, país que, según los acuerdos internos de la Unión Europea para el cumplimiento del protocolo de Kioto, podía incrementar sus emisiones en un 15 por ciento con respecto a las de 1990. Pues bien, tras un compromiso tan cuestionable, en el año 2002 nuestras emisiones superaron a las del año de referencia en un 38 por ciento. Y pese a esta situación, se constata la ausencia de voluntad política para evitar ese aumento de la contaminación y el incumplimiento de los acuerdos internacionales: el verano pasado se conocía el borrador de la *Estrategia de ahorro y eficiencia energética en España 2004-2012* (elaborado por el Ministerio de Economía), donde se afirmaba que “las emisiones de CO₂ energético se incrementarán un 78% —en ausencia de la Estrategia—, mientras que lo harán un 58% de cumplirse los objetivos previstos”⁶. Es

Un proyecto político que tuviera sentido para 1.000 o 1.600 millones de personas deberá transformarse cuando los destinatarios fluctúen entre los 6.200 de hoy y los 10.000 del futuro inmediato

4. Hermann Scheer, *Estrategia Solar*. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1993.

5. Juan Carlos Rodríguez Murillo, “Energía y equidad para un mundo sostenible, en *De la economía a la ecología*, AA VV. Editorial Trotta, Madrid, 1995.

6. *El País*, 28 de julio de 2003.

No queda más remedio que asumir que la extensión de nuestros estándares de vida a una población de 6.000 millones es imposible

decir, que los objetivos previstos apuntan a multiplicar por cuatro el nivel de las emisiones al que se comprometió España.

En Canarias las cosas van aun peor que en el resto del país: “La Comunidad Autónoma de Canarias fue la región española que registró el mayor incremento de las emisiones contaminantes en los últimos trece años, ya que las Islas tuvieron un espectacular crecimiento del 76,7 % entre 1990 y 2002”⁷. Así se reflejaba en el informe sobre la evolución de las emisiones de gases de efecto invernadero en España que realizaron CC OO y el instituto WorldWatch. Ese pesimismo crecería si se contemplaran como propias parte de las emisiones que genera el transporte aéreo que utilizan casi todos los turistas para viajar a las Islas, contaminación aun más pernicioso por emitirse directamente en las partes altas de las atmósfera.

La respuesta política a la cuestión energética en Canarias la encontramos a primeros de abril del pasado año, cuando el gobierno regional presentó el Plan Energético de Canarias (Pecan). Como es habitual, la insostenible propuesta fue presentada como modelo de desarrollo sostenible. Y como también suele suceder, las consecuencias de nuestro consumo energético no preocuparon a nadie, ni siquiera a los ecologistas de Ben Magec, que no dijeron ni pío sobre el asunto. Las propuestas sobre energías renovables delatan que el Pecan supone una apuesta decidida por el incremento de nuestro consumo de petróleo, al que se le añadiría, a partir del año 2007, el gas natural. Según el plan, el consumo proveniente de energías renovables en Canarias en el año 2011 supondría tan sólo el 5,9%, si atendemos al informe entregado a la prensa⁸, o el 4,5% si extraemos el objetivo de la página web del Gobierno. Se nos propone un consumo de energías renovables para el año 2001 que no llega al existente hoy en día en España (6%) y que ni siquiera alcanza la mitad del objetivo –ya bastante lamentable– de la Unión Europea para el año 2012 (12%).

Claro que la situación en Lanzarote resulta aun más preocupante. Aquí el consumo energético se ha disparado. Si acudimos a los datos disponibles, los de la producción bruta de electricidad, podemos comprobar la afirmación: en el año 87 se producían en la Isla 167.634 MWH de electricidad; en el año 2001 se alcanzaban los 703.833 MWH. Es decir, en tres lustros el consumo se incrementó en más de un 400 por ciento. Podría pensarse que este increíble aumento del consumo energético obedecería sobre todo al incremento de abonados provocado por el crecimiento demográfico, pero ésa es sólo una explicación, la otra viene de la transformación

7. Canarias7, 1 noviembre de 2003.

8. Canarias7, 10 de abril de 2003.

de nuestros hábitos de consumo, puesto que la electricidad utilizada por cada abonado se ha duplicado en 15 años, pasando de 5 MWH a más de 10 hoy en día. Además, en un lugar donde el desarrollo sostenible parece invención autóctona, la contribución de las energías renovables supone tan sólo el 2,8 por ciento de la electricidad producida, y la cifra sería auténticamente irrisoria si contempláramos el consumo total de energía en Lanzarote⁹.

Pese a lo dicho, la cuestión energética continúa ausente de la agenda política, tanto de la derecha como de la izquierda. Cualquier proyecto político preocupado por la situación medioambiental debe poner énfasis en la transformación del modelo energético, que va mucho más allá de instalar algunos nuevos aerogeneradores. Es necesario, como hemos dicho, acometer una auténtica *Estrategia Solar* que convierta los combustibles fósiles en energías alternativas y las renovables en la norma. Las condiciones tecnológicas lo permiten, es cuestión de voluntad política.

Biodiversidad

Puede que muchos miembros de la especie *homo sapiens* no sean conscientes del alcance de la crisis ecológica en la que estamos inmersos, entre otras cosas porque quienes ya la están sufriendo más directamente son sobre todo otras especies. El actual estado de la biodiversidad constituye la constatación más dramática de esa crisis. En los últimos años, los estudios sobre la biodiversidad han ido confirmando los peores temores y los pronósticos se han agravado. El paleontólogo Richard Leakey apuntaba en su conocido libro del año 1997 que podrían estar desapareciendo entre 10.000 y 40.000 especies cada año¹⁰; hoy eleva esas cifras hasta entre 50.000 y 100.000 especies anuales.

A lo largo de la historia de la vida en la Tierra se han producido cinco grandes extinciones, la más reciente hace 65 millones de años, cuando desaparecieron los dinosaurios en un brevísimo lapso de tiempo. Cada una de estas extinciones constituyó una auténtica catástrofe: en todas ellas desaparecieron al menos el 65 por ciento de las especies vivientes. Pues bien, según Leakey, el planeta está ya experimentando *La sexta extinción*, y sobre el agente causante no existe discusión en este caso: el hombre. La acción predatoria de los humanos sobre el resto de las especies del planeta viene de lejos, pero sus efectos se han incrementado exponencialmente a causa del desmesurado crecimiento de la especie humana y de las consecuencias de sus modos de vida, transformados radicalmente a raíz de la Revolución Industrial y, definitivamente, tras la explosión

El consumo de combustibles fósiles no deja de aumentar y, por consiguiente, también las emisiones

9. Fuentes: UNELCO, ISTAC y anuarios estadísticos del Cabildo de Lanzarote.

10. Richard Leakey y Roger Lewin, *La sexta extinción*. Tusquets Editores, Barcelona, 1997.

de la sociedad de consumo en Occidente después de la II Guerra Mundial. Donde sí existe discusión es en el alcance que vaya a tener esta extinción: Leakey opina que puede haber desaparecido el 50% de la biodiversidad ecológica al concluir este siglo. Parece obvio que un proceso de esta envergadura amenaza a las condiciones de reproducción de nuestra propia especie.

¿Cuál es la actitud de las sociedades humanas ante esta catástrofe? Mirar hacia otra parte. En algunas de ellas, las más desarrolladas, las más cultas y las que más han contribuido a la actual dimensión del problema, se han puesto en marcha pequeños programas de conservación de especies en territorios protegidos y se han incrementado los fondos destinados a estudiar y a preservar la biodiversidad. Fuera de sus países, esas sociedades comienzan a preocuparse por lo que ocurre en las de los pobres, especialmente por las zonas más emblemáticas, como la Amazonia. En las sociedades más pobres del planeta, la situación es distinta: no hay fondos, y la pobreza de la mayoría presiona destructivamente sobre los recursos del medio ambiente acelerando su deterioro.

*Los objetivos
previstos
apuntan a
multiplicar por
cuatro el nivel
de las emisiones
al que se
comprometió
España*

En Lanzarote, los espacios protegidos tienen un fin distinto: preservar el paisaje para su comercialización turística. Este objetivo es compartido por casi toda la población, y la preocupación por la conservación de la biodiversidad no ocupa ni a la sociedad política ni a la civil. En Lanzarote se produjo un retroceso crucial en esta cuestión que tiene fecha: el otoño de 1997. Los trabajadores de la Unidad de Medio Ambiente sostuvieron una huelga durante tres meses con un único objetivo: mantener y mejorar el trabajo destinado a esa conservación en la Isla. En enero de 1998, el presidente del Cabildo, Enrique Pérez Parrilla, llegó a un acuerdo con ellos para poner fin a la huelga; dos semanas después incumplió su compromiso y decretó, implícitamente, el final de las actividades dedicadas a la conservación. Durante esos meses, la actitud del conjunto de la sociedad insular fue ignorar el conflicto y dar la espalda a los trabajadores que trataban de defender la biodiversidad de los ecosistemas insulares. Después, el páramo. Tan sólo algunas actividades de la delegación de WWF-Adena se han dirigido al propósito que nos ocupa, pero la actual crisis de esa delegación y la renuncia del grupo ecologista El Guincho a ocuparse de este aspecto en los últimos tiempos, nos llevan a sostener que en Lanzarote las actividades destinadas a preservar la biodiversidad son prácticamente inexistentes¹¹.

11. Sobre este asunto, recomendamos la lectura del número 7 de *Cuadernos*, cuya carpeta se dedicó a la biodiversidad. Y sobre la situación específica de Lanzarote, el artículo de Domingo Concepción García, "Biodiversidad: Dossier Lanzarote", que formaba parte de esa carpeta. Lanzarote, 1998.

La crisis de la biodiversidad debe afectar a presupuestos políticos

fundamentales. Durante mucho tiempo tanto el pensamiento político como el religioso han considerado que el valor básico que debía presidir cualquier proyecto de sociedad se encontraba en la prevalencia de la vida humana. La traducción de ese valor constituyente ha sido el expolio de la naturaleza en beneficio de nuestra especie. Hoy, ese valor debe ser transformado radicalmente. Bien porque se ponga fin a esa visión antropocéntrica, apreciando la importancia del resto de las especies que comparten casa con nosotros, bien porque se considere que la vida humana no alcanzará un desarrollo más pleno, o se encontrará en peligro, si no es capaz de compartir su existencia con la vida no humana. Desconocemos cuáles podrían ser las implicaciones y las consecuencias de relativizar esa prevalencia absoluta de la vida humana –un valor tan fundamental en nuestra sociedad– en los proyectos y en la actividad política cotidiana, pero sí creemos que afrontar ese cambio se ha convertido, pese a su dificultad, en imprescindible: nos va la vida en ello.

El crecimiento económico

Si sostenemos que han sido las políticas y los objetivos perseguidos por las sociedades ricas la causa principal de esta situación, deberíamos comenzar por averiguar cuál es el componente central que impulsa la actividad de esas sociedades. Resulta habitual escuchar que la característica fundamental de Occidente se encuentra en la democracia política, y que esa forma de organizar la convivencia es parte fundamental de su éxito económico. Creemos que la relación debe invertirse: “El crecimiento económico ha sido la sustancia de la democracia posterior a 1945 en la zona noroccidental del mundo y la representación política pluralista, su forma. La armonía de este mundo autocomplaciente tiene dos pilares fundamentales: la abundancia material y los derechos del individuo. Si el incremento de la primera se para, se ciernen nubes negra sobre los segundos. Y aparece el miedo: el temor a dejar de ser ricos y a dejar de ser libres. El sistema integrado por ambos elementos ha resultado en un pacto social implícito, mantenido a costa de la Madre Tierra, del Tercer Mundo y de los seres humanos del mañana. De esa manera ha reducido los conflictos. La sociedad capitalista de consumo de masas se consolidó hacia 1950 en América del Norte. De entonces acá se ha propagado por doquier y se ha erigido en el modelo de vida para una quinta parte de la humanidad. Como resultado, el consumo de minerales básicos, de energía, y de bienes y servicios de difusión masiva se ha multiplicado por factores entre dos y cinco durante la segunda mitad del siglo XX”¹².

Es necesario acometer una auténtica Estrategi Solar que convierta los combustibles fósiles en energías alternativas y las renovables en la norma

12. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999.

*Puede haber
desaparecido el
50% de la
biodiversidad
ecológica al
concluir este
siglo*

La apuesta por el crecimiento económico ha provocado ciertamente un amplio consenso social, ¿pero es razonable, es realista esa opción a largo plazo? “En cierta ocasión Kenneth Boulding afirmó que ‘quien crea que el crecimiento exponencial puede durar eternamente en un mundo finito, o es un loco o es un economista’. Pues bien, hoy en día nos encontramos rodeados de locos o de economistas, o de economistas locos. Cualquier medio de comunicación nos alerta sobre la necesidad del crecimiento económico para resolver nuestros problemas. Lo cierto es que la falacia es doble: por una parte, años de políticas neoliberales y crecimiento económico han demostrado que con más de lo mismo no se resuelven los grandes problemas sociales: la desigualdad y el desempleo; por otra parte, el mismo crecimiento económico se constituye, desde la perspectiva de la crisis ecológica, en el gran problema, no en la solución”¹³.

El crecimiento económico ha sido intelectualmente liderado por una teoría económica –la economía neoclásica dominante– que ha mostrado una irresponsable despreocupación por el sustrato material, biofísico, sobre el que se construyen las economías humanas. A la teoría tenemos que sumar una práctica caracterizada por horizontes temporales muy limitados, que dificultan la solución de los problemas ambientales. Han sido las grandes empresas multinacionales las que han marcado las pautas de esa práctica; empresas que, cada vez con mayor frecuencia, carecen de dueño concreto, y son dirigidas por ejecutivos que permanecerán en ellas sólo unos pocos años y que, por lo tanto, orientan su trabajo hacia la obtención de resultados inmediatos. Difícilmente asumirán estos dirigentes las consecuencias ambientales que aparecerán años después de que ellos ejerzan su actividad en la empresa. Así que, como en la política, la necesidad de obtener beneficios a corto plazo se revela como una de las explicaciones de que nuestras sociedades sean incapaces de afrontar, más allá de las declaraciones de intenciones, la solución de los conflictos ambientales que creamos. Además, la forma en que la economía afronta la producción en nuestras sociedades está mucho más destinada y preparada para obtener beneficios privados que para gestionar bienes públicos difícilmente monetarizables y que no pueden ser comercializados. Y éste es el caso de muchos de los recursos naturales y de los ecosistemas, que tienen la capacidad de reciclar nuestros residuos. El medio ambiente es el bien público por excelencia y su gestión escapa a la lógica que impulsa el espacio en el que la economía imperante trata de resolver los conflictos: el mercado.

13. Jorge Marsá, “20 mandamientos para un crecimiento insostenible. El paraíso Lanzaroteño”. *Cuadernos del Guincho* número 3, Lanzarote, 1997, pág. 58.

No obstante, pese a los problemas planteados y los nuevos datos, la respuesta continúa siendo la misma: “La economía, estúpidos, es la economía”. Esta contestación de Bill Clinton a su equipo, cuando buscaban la clave para que un desconocido senador pudiera derrotar a George Bush en 1992, se ha repetido hasta la saciedad. Simplemente, es la constatación de que sólo el éxito en la consecución de un mayor crecimiento económico orientado al consumo de masas garantiza la continuidad de los políticos. Por ello no puede extrañar que se haya convertido en la meta primordial de la actividad política. Y continúa siéndolo pese al flujo incesante de información sobre la crisis ambiental que ese mismo crecimiento está provocando.

En Lanzarote, parece que la elección ha sido la misma: la economía, el crecimiento. Durante más de tres lustros el debate político y ecológico ha colocado en el centro la cuestión del crecimiento turístico. El resultado ha sido, simplemente, que la discusión y la literatura sostenible se han convertido en acompañantes de la auténtica opción de la sociedad: la continuidad del crecimiento económico. No compartimos el retrato victimista que tantas veces se ha hecho de la sociedad lanzaroteña: una sociedad mayoritariamente contraria al crecimiento turístico que está siendo traicionada por las élites políticas y empresariales. Ciertamente que las encuestas indican que la inmensa mayoría de la población se muestra partidaria de detener ese crecimiento; pero contestar a una encuesta es gratis. Ahora bien, cuando la sociedad tiene que tomar decisiones, ha optado por votar siempre a quienes propugnaban la continuidad de la expansión inmobiliaria, y ha concedido las mayorías a los alcaldes que le garantizaban que todo propietario de suelo se beneficiaría de la posibilidad de seguir construyendo. El éxito de una figura tan cuestionable como Dimas Martín, y de todos los políticos –de su partido o de otros– que se han sumado a ese populismo desarrollista, contrasta con el lento pero imparable declive del único partido político que en estos años ha parecido encarnar una postura favorable a la contención del crecimiento: en veinte años el PSOE ha pasado de la mayoría absoluta a un triste 22 por ciento de los votos. El reciente éxito de la manifestación del 27 de septiembre de 2002 y de Alternativa Ciudadana en las pasadas elecciones refleja, en efecto, el hastío de un sector importante de la sociedad, pero tan minoritario como su porcentaje de votos: el 7 por ciento.

Desde sectores de la izquierda política más contestataria se defiende que el hecho de que la actividad primordial de la acción política

En Lanzarote, la preocupación por la conservación de la biodiversidad no ocupa ni a la sociedad política ni a la civil

se dirija a fomentar el crecimiento económico es una característica exclusiva de la conjunción entre democracia liberal y sistema económico capitalista. Sin embargo, la realidad no parece compatibilizarse bien con este presupuesto ideológico: el objetivo de los regímenes del socialismo fue el mismo, y la transformación de lo que queda de esos proyectos sólo parece tener éxito en aquellos países que centran sus esfuerzos en alcanzar la sociedad de consumo –China, Vietnam–. En el Tercer Mundo no se conoce proyecto político con apoyos significativos que no esté orientado por el mismo criterio. Y en el supermercado occidental ocurre otro tanto de lo mismo: cualquier propuesta política que tenga visos de poder ser aceptada por sectores cuantitativamente significativos de la ciudadanía en un futuro inmediato propugna un incremento de la capacidad adquisitiva de aquellos a los que va dirigida: los ciudadanos. Por lo tanto, podemos concluir que no existe en estos momentos ninguna corriente política en el mundo, con posibilidades de alcanzar éxitos significativos a corto plazo, que proponga una vía de actuación en la que el crecimiento económico dirigido al consumo de masas no sea preponderante. Dicho de otra manera: el ámbito político parece creer generalizadamente que ese consumo se ha convertido en la máxima aspiración de la mayoría de la población mundial... y los hechos no hacen más que confirmarlo.

Tecnología y sociedad del riesgo

Pero es que, además, el crecimiento económico se sostiene sobre una base que hoy podemos llamar tecnocientífica, que en muchas ocasiones ha dejado de ser parte de la solución para pasar a serlo del problema. El nacimiento de la industria nuclear, que acompañó al de la sociedad de consumo de masas tras la II Guerra Mundial, inició lo que se ha denominado la tercera revolución tecnológica, cuyo segundo gran pilar, el progreso de la ingeniería genética, se ha desarrollado en el último cuarto del pasado siglo (el tercero, el procesamiento de la información por medios electrónicos no presenta los problemas de los otros dos por lo que a la cuestión ambiental se refiere). Sin embargo, esta ‘revolución’ no ha transformado el criterio tradicional: las aplicaciones tecnológicas se continúan perfeccionando por medio del ensayo y el error. Ahora bien, lo que era aceptable para tecnologías que podían fracasar, ha dejado de serlo cuando las consecuencias del fracaso pueden alcanzar proporciones incalculables.

Desde el comienzo de las aplicaciones de la tecnología nuclear se calcularon los riesgos: se llegó a la conclusión de que eran prácti-

La necesidad de obtener beneficios a corto plazo se revela como una de las explicaciones de que nuestras sociedades sean incapaces de afrontar los conflictos ambientales

camente despreciables. Los accidentes que vinieron después no parece que hayan transformado la forma de afrontar este tipo de actividades, y con la ingeniería genética y la introducción de organismos genéticamente modificados vuelve a ocurrir lo mismo. “La tesis que defendemos es que si Chernobil es posible, entonces lo racional es precisamente ponerse en lo peor, y atender a los casos extremos [...] El riesgo se define por la vieja fórmula de Bernouilli (el riesgo de un suceso es el producto de la probabilidad estimada del mismo por los costes o beneficios que acarrearía si sucediese). Si el coste es infinito, entonces da igual que la probabilidad asociada sea muy pequeña, porque el riesgo también es infinito, y en ningún caso debe asumirse. Por tanto, si –como conceden los defensores a ultranza de las tecnologías genéticas– un Chernobil genético es posible, entonces toda precaución es poca. La prioridad no debe ser acelerar su desarrollo para recoger beneficios, sino tomar las medidas preventivas adecuadas para evitar un Chernobil genético. Lo que la razón sugiere es una política de moratoria, una política basada en el principio de precaución”¹⁴.

Sin embargo, la lógica de la prudencia casa mal con la del beneficio inmediato. Así que lo que está ocurriendo es justamente lo contrario de lo que parecería aconsejar una mínima racionalidad: por no cuestionar el objetivo del crecimiento económico, continuamos asumiendo la inseguridad de manera creciente. Hasta el punto de que en las dos últimas décadas se ha extendido en el campo de la sociología el término ‘la sociedad del riesgo’ para describir el actual momento de nuestras comunidades. Ulrich Beck, autor del primer libro con ese título, caracteriza el paso de la sociedad industrial clásica a la sociedad del riesgo por, entre otras cosas, la ausencia de un seguro privado que pudiera correr con los gastos derivados de un accidente: “Sería ventajoso el que la economía del sector asegurador, que tiene un interés especial en convertir la globalización de los riesgos en negocio que no la esponga a riesgos incontrolables, se definiera como la instancia que estableciera la barrera entre las consecuencias controlables y las que no lo son. Mi pregunta sobre las nuevas industrias y tecnologías cuyo potencial de riesgo no se puede investigar en detalle, pues ello supondría el parón de su actividad, no puede ser más sencilla: ¿tienen póliza de seguro o no la tienen? Es bastante ilustrativo el hecho de que los grandes avances tecnológicos, tan debatidos por la opinión pública, en la mayoría de los casos no tengan un seguro privado y posiblemente tampoco sean asegurables”¹⁵.

El medio ambiente es el bien público por excelencia y su gestión escapa a la lógica que impulsa la economía: el mercado

14. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 289.

15. Ulrich Beck, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002, pág. 127.

Sólo el éxito en la consecución de un mayor crecimiento económico orientado al consumo de masas garantiza la continuidad de los políticos

Efectivamente, el riesgo de una central nuclear o de la introducción de un organismo genéticamente modificado es de tal calibre que hace imposible que ninguna compañía de seguros o reaseguros lo asuma. Pero lo mismo ocurre con muchas otras actividades: por ejemplo, ¿podría la compañía Repsol contratar una póliza de seguros que cubriera sus responsabilidades ante un posible accidente al extraer petróleo en las costas de Fuerteventura y Lanzarote? La respuesta es no. Y lo que resulta increíble es que la sociedad asuma esos riesgos que ninguna compañía está dispuesta a asumir. Dicho de otra forma: en una sociedad en la que está prohibido manejar un automóvil sin tener una póliza de seguro, permitimos que se utilicen tecnologías o se instalen industrias cuyos riesgos somos casi incapaces de calcular. No parece difícil conectar esta irracionalidad con las formas y los objetivos que imperan en la acción política de nuestras sociedades. ¿Puede resolver la crisis ecológica global una sociedad que continúa creyendo mayoritariamente en el mito de que los avances tecnológicos resolverán el problema creado en buena parte por esas tecnologías?

¿Estamos creciendo?

Ahora bien, si, pese a los riesgos, el objetivo político primordial de la sociedad continúa siendo el crecimiento económico, cobran especial relevancia tres preguntas: ¿estamos creciendo realmente?, ¿cómo se mide ese crecimiento?, y ¿el crecimiento es sinónimo de bienestar? Los economistas y los políticos utilizan para medir el crecimiento el Producto Interior Bruto (PIB). Que estas sociedades son ricas, parece una evidencia, pero también debería serlo que el PIB no es indicador fiable del bienestar humano, puesto que éste no puede expresarse tan sólo en términos monetarios. Veamos algunas de las críticas que pueden hacerse al PIB¹⁶:

- No refleja la distribución de los bienes, sino sólo su acumulación: pueden existir grandes desigualdades sociales y el crecimiento del PIB podría coincidir con el agravamiento de estas desigualdades.
- No se tiene en cuenta la composición cualitativa de los bienes. Si los zapatos son menos resistentes pero más caros, el PIB aumenta. Si la carne engordada con hormonas hace aumentar la proporción de carnes y grasas en nuestra alimentación (empeorando con ello la calidad de la dieta y nuestra salud), el PIB aumenta.
- El proceso de mercantilización de cada vez más áreas de la vida humana, que a menudo provoca una pérdida de calidad de vida, se refleja como crecimiento en el PIB. Si Inalsa no nos proporciona agua potable por el grifo y nos vemos obligados a comprar agua

16. Seguiremos para este propósito las aportaciones de Jorge Riechmann en *Ni tribunales. Ideas y materiales para un programa ec-socialista*. Siglo XXI de España, Madrid, 1996.

mineral en el supermercado, el PIB crece. Si contaminamos la Bahía de Arrecife hasta el punto de no poder bañarnos y construimos piscinas para hacerlo, el PIB crece. Otra variante de este aspecto es que no se reflejan bienes no mercantilizados que tienen una incidencia directa en nuestra calidad de vida. Si nos cargamos el parque Islas Canarias de Arrecife y construimos un aparcamiento, el PIB crece.

- Se contabilizan como ‘bienes’ algunas producciones que en realidad son ‘males’: producción de armas o de sistemas anticontaminación, por ejemplo. Cada vez que hay un accidente en las carreteras de la Isla, se disparan los gastos sanitarios y el PIB crece, podría ser que creciera más aún si el accidente fuera mortal y a los gastos sanitarios se añadieran los del entierro. Si usted está enfermo provoca unos gastos que incrementan el PIB; si su enfermedad es lo suficientemente grave como para requerir tratamientos especiales y costosos medicamentos, entonces el crecimiento económico será más pronunciado.
- Las cuentas del PIB se limitan al trabajo asalariado. Es decir, se excluye una enorme cantidad de trabajo socialmente necesario: el trabajo doméstico, por ejemplo. En todo el mundo, las economías domésticas producen aproximadamente el equivalente a un tercio del PIB. Si el señorito se casa con la criada, y ésta deja de cobrar el sueldo para hacer lo mismo convertida en ama de casa, asistiríamos a un descenso del PIB.
- El PIB no refleja el impacto de la actividad económica en el medio ambiente. No sólo no recoge la pérdida de calidad de vida a consecuencia del deterioro ambiental, ni el agotamiento de los recursos, sino que, al contrario, contabiliza como renta generada el consumo e incluso el agotamiento de los recursos naturales con valor de mercado.
- El PIB considera los gastos e inversiones realizadas para disminuir o reparar el deterioro ambiental como renta producida. Esto es, se incrementa nuestra riqueza si tenemos que dedicar dinero a regenerar el destrozo ecológico que provocan los vertidos en la bahía de Arrecife o en Puerto Naos.

Parece una locura; pero así se mide el crecimiento económico en nuestras sociedades. Si se utilizaran índices corregidos ecológicamente, seguramente resultaría que hace tiempo que nuestras economías han dejado de crecer. Según cálculos de la OCDE, la tasa de crecimiento económico general de los países industrializados disminuiría entre el 3 y el 5 por ciento si se restasen los costes de

No existe ninguna corriente política con visos de éxito a corto plazo que proponga otra vía que el crecimiento dirigido al consumo de masas

La lógica de la prudencia casa mal con la del beneficio inmediato

la contaminación (¡sólo los de la contaminación!) producida junto con el producto social. Teniendo en cuenta que los objetivos de cualquier gobierno o partido político son incrementar el PIB alrededor de un 3 por ciento anual, cabe pensar fundadamente que el ‘crecimiento’ actual es negativo incluso cuando se produce al ritmo deseado, porque hay enormes disminuciones del patrimonio natural que no se recogen en la contabilidad nacional. En definitiva: el incremento del PIB no es equivalente a crecimiento económico real; y, por otra parte, el crecimiento económico no es equivalente a desarrollo humano. Así que el objetivo político fundamental de esta sociedad puede calificarse, al menos a largo plazo, como un mito insostenible. Ahora bien, conocemos sobradamente el increíble poder de los mitos entre los hombres.

La explosión de las necesidades. Las clases en un mundo global

Cualquier política que pretenda transformar el mundo teniendo en cuenta las limitaciones ecológicas tiene que afrontar la transformación de la percepción de sus necesidades que tienen los habitantes de los países ricos¹⁷. En 1907, la frase de Gandhi parecía incontestable: “La Tierra brinda lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no la codicia de todos”. Hoy, con 6.200 millones de habitantes y una auténtica explosión de las necesidades, esto ya no está tan claro. Desde hace medio siglo el objetivo ha sido vivir como los norteamericanos... blancos de clase media. Pero en la actualidad sabemos que “la población de los EE. UU. es aproximadamente el 6% de la mundial y consume el 33% de la extracción anual de recursos no renovables. Con el volumen de extracción actual, sólo el 18% de la humanidad podría vivir como los norteamericanos. La universalización implicaría un aumento del flujo anual de recursos de un orden superior al 700%. Si el uso actual de materiales está provocando ya un serio daño a la capacidad del planeta para sostener la vida, la multiplicación por siete parece de lo más problemática. Puede concluirse, pues, que un modelo de consumo de recursos al estilo de los EE. UU. para un mundo de más de seis mil millones de habitantes es imposible y, en caso de poder conseguirse, duraría muy poco”¹⁸.

La dificultad de extender comportamientos de consumo que hoy consideramos normales puede ilustrarse con el concepto de huella ecológica: “Se ha calculado, por lo bajo, que la huella ecológica de un estadounidense es de 4,5 hectáreas. Parece posible acordar que la de un lanzaroteño bien podría estar en torno a dos terceras partes de esa cifra, es decir, 3 ha. ¿Qué ocurriría si los más de 6.000 millo-

17. Sobre este asunto recomendamos la lectura del libro, coordinado por Jorge Riechmann, *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sustentabilidad*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 1998. En el número 7 de esta revista se publicó el capítulo redactado por Joaquín Sempere, “Necesidades y política ecosocialista”.

18. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, pág. 73.

nes de personas que habitan en el planeta tuvieran una huella ecológica como la nuestra? Pues que harían falta más de 18.000 millones de hectáreas. Pero en la tierra solo hay 13.000 millones de hectáreas, de las cuales sólo 8.800 son ecológicamente productivas (campos de cultivo, bosques, pastizales), es decir, algo menos de 1,5 hectáreas por persona. Así que si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para vivir. Cuando, en pocos años, la población mundial llegue a 9.000 millones de personas, y suponiendo que los lanzaroteños estancáramos nuestros consumos, necesitaríamos una tercera Tierra adicional”¹⁹.

Así que parece obligado preguntarse *¿Cuánto es bastante?*²⁰. Pero no sólo por lo que pueda ocurrir en un futuro próximo, sino por lo que está ocurriendo hoy. La crisis ambiental y la globalización deben transformar radicalmente el viejo concepto marxista de las clases sociales. Hoy las diferencias de ‘clase’ más llamativas se producen en el ámbito global: “En el mundo existen tres clases ecológicas: los consumidores, la clase media y los pobres. Estos grupos que se definen de una manera ideal en función de su consumo per cápita de recursos naturales, emisiones de contaminación y alteración de los hábitats, pueden distinguirse en la práctica por medio de dos medidas: sus ingresos medios anuales y sus estilos de vida”²¹. Utilizando los datos más recientes del Banco Mundial, los relativos al año 2002, podemos cuantificar esas tres clases entre los 6.200 millones de personas que habitan en el planeta: los consumidores son 950 millones, el 15%, que disfruta del 80% de la riqueza mundial (con unos ingresos medios de 26.310 dólares). La clase media la componen 2.750 millones, el 45%, que ingresa el 16% de la riqueza (1.840 dólares per cápita). Y los pobres son 2.500 millones, el 40%, que recibe el 4% de esa riqueza, que les proporciona unos ingresos per cápita de 430 dólares. Es cierto, para ser consecuentes con lo que defendíamos, que el PIB no es una buena medida para comparar el bienestar de las personas, y que si utilizamos la comparación de poder adquisitivo del Banco Mundial, en dólares internacionales, la desigualdad es algo menor: 27.590 dólares para los ricos (España 20.460), 5.630 para la clase media y 2.040 para los desposeídos. En cualquier caso, la desigualdad es, sencillamente, de escándalo.

Resulta claro, por tanto, que el entramado institucional, político y económico, que rige nuestras sociedades, y del que tantos se enorgullecen, sólo funciona para una escasa quinta parte de la población

Por no cuestionar el objetivo del crecimiento económico, continuamos asumiendo la inseguridad de manera creciente

19. Jorge Marsá, “La cultura de la queja. Lamentos en un isla afortunada”. *Cuadernos del Sureste* nº 10, Lanzarote, 2002, pág. 22.

20. Alan Thein Durning, *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*. Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1994.

21. Alan Thein Durning, *Cuánto es bastante. La sociedad de consumo y el futuro de la Tierra*. Ediciones Apóstrofe, Barcelona, 1994, pág. 20.

del planeta. Y que las limitaciones ecológicas impiden su extensión al resto de la población mundial. Por ejemplo: hoy se habla con admiración del ‘milagro económico’ chino –ante el crecimiento monetario, la democracia y los derechos humanos pasan a un segundo término–. Sin embargo, si los chinos tienen éxito, es decir, si se acercan a los estándares de consumo que tenemos en Occidente, se convertirán en el gran problema ambiental de las próximas décadas. Y es que son demasiados para vivir como nosotros; no podemos añadir 1.300 millones a la actual clase pudiente que formamos ya casi 1.000 millones de personas.

Las consecuencias tanto de esta desigualdad como de la progresiva escasez de los recursos naturales sobre la acción política van a resultar sustanciales, además, para la paz en el mundo. Uno de los componentes tradicionales de la actividad política de casi todas las sociedades conocidas a lo largo de la historia de la humanidad ha sido el destinado a apropiarse de los recursos de otras para incrementar los beneficios propios. Y la escasez de los recursos agravará notablemente los conflictos entre los países para su control. Son muchos los especialistas que opinan que esa lucha por los recursos naturales constituirá el escenario de la mayoría de los conflictos violentos que nos aguardan en un futuro próximo. De hecho, esa situación ya se está produciendo: las invasiones de Afganistán e Irak por el ejército estadounidense han sido provocadas, fundamentalmente, para preparar ese futuro inmediato ante la anunciada escasez del que se considera actualmente el principal recurso natural: el petróleo.

La conclusión resulta obvia, y se ha comentado ya anteriormente: el modelo occidental basado en el consumo de masas y en la democracia política ha sido posible, en primer lugar, a costa de una explotación irracional de la naturaleza. En segundo lugar, a costa de la explotación del Tercer Mundo, porque hemos expoliado sus recursos y a la par a sus ciudadanos más cualificados que nos traemos a producir para nosotros, normalmente pagándoles, además, una miseria. Y, por último, a costa de las generaciones futuras, que según algunos son quienes nos prestan la Tierra para que la mantengamos en condiciones para que ellos puedan aspirar también a una vida digna.

Y la causa más relevante de esa agresión a la Tierra, al Tercer Mundo y al porvenir de las futuras generaciones es la explosión de las necesidades de los habitantes de los países ricos. Por lo tanto, cualquier proyecto político que se considere emancipatorio está

*En una sociedad
en la que está
prohibido
manejar un
automóvil sin
póliza de
seguro,
permitimos
tecnologías
cuyos riesgos
somos casi
incapaces de
calcular*

obligado a plantearse poner límites al desmedido consumo de nuestras sociedades. ¿Qué nivel de consumo podría permitirse la humanidad sin poner en peligro los ecosistemas? Es una pregunta difícil de contestar. Hace pocos años se realizó un estudio en Brasil para tratar de encontrar una aproximación a esta respuesta, y la conclusión fue que la población mundial podría acceder a un modo de vida similar al que tenían las clases medias europeas a comienzos de la década de los setenta. Suena bien. Pero comiencen ustedes a pensar en lo que tienen ahora y no disfrutaban al iniciarse esa década. Le parecería razonable a alguien que una opción política se presentara a las próximas elecciones con un mensaje de este tipo: podemos utilizar lavadoras eléctricas para nuestra ropa sucia y frigoríficos para prolongar la conservación de los alimentos; pero habrá que prescindir de lavavajillas, aire acondicionado y la mayoría de las calefacciones, del segundo televisor y coche, del ordenador de uso individual, de la mayor parte de los desplazamientos superfluos –o sea, poco turismo a larga distancia–, del microondas, del equipo de música en cada habitación, de la asistenta, de más de la mitad de las salidas a cenar fuera de casa y de la ropa que utilizamos, de la mayoría de los fastuosos regalos a nuestros hijos, y un etcétera muy muy largo. ¿Qué resultado electoral auguraríamos a ese nuevo partido político?

El dilema del prisionero

Parece claro que la mayoría de los ciudadanos no apoyarían una opción política cuyas propuestas tuvieran realmente en cuenta los problemas ambientales. No porque no sean conscientes, en un grado suficiente, de la existencia de esos problemas, sino porque en una sociedad en la que las opciones individuales corresponden casi exclusivamente a los propios intereses esto no es posible. Volvamos al ejemplo de la actitud de la mayoría de los lanzaroteños con respecto al crecimiento turístico. Y analicemos la contradicción entre el pronunciamiento de los ciudadanos en las encuestas –favorable a la detención del crecimiento– y su elección en las urnas –apoyando a las opciones políticas que impulsan ese crecimiento– para ilustrar la dificultad que planteamos.

Podemos recurrir a la teoría de los juegos desarrollada por los matemáticos para analizar la elección racional y las estrategias egoístas, altruistas o cooperativas y, en concreto, al juego conocido como dilema del prisionero. Desde este punto de vista, las elecciones que, entre otras cosas, han impedido la detención del crecimiento turístico podrían ser del tipo de las siguientes: soy cons-

Si Inalsa no nos proporciona agua potable por el grifo y nos vemos obligados a comprarla en el supermercado, el PIB crece

ciente de la necesidad, incluso imperiosa, de detener la expansión turística para conservar el territorio en que vivo; pero, obviamente, la solución no es individual, no depende exclusivamente de mí. En el caso de que el resto de mis conciudadanos decidan renunciar a sus opciones de construir nuevos alojamientos, el hecho de que yo construya una segunda residencia o un nuevo complejo de apartamentos apenas influirá sobre el ecosistema; obtendré así un notable beneficio provocando unos daños casi inapreciables al medio ambiente. Si renuncio a ese beneficio privado, el bien común resultante será ciertamente mínimo, porque ¿qué diferencia hay entre que en Lanzarote existan 80.000 camas u 80.100? En el caso de que mis vecinos opten por no renunciar a sus intereses privados y construyan, que yo lo haga pasará también inadvertido. En este caso el perjuicio será grave, las camas turísticas podrían crecer notablemente, por ejemplo, de 80.000 a 100.000 y la presión sobre el territorio se volvería francamente preocupante. Ahora bien, ese conflicto habrá sido creado por las 20.000 camas edificadas por los demás, no por las 10 o las 100 que yo dejara de construir, es decir, que mi interés personal apenas añadirá, de nuevo, grandes males, por lo que sería ridículo renunciar a él.

Podría parecer que el dilema del prisionero se produjera exclusivamente en personas que no son capaces de contrarrestar sus elecciones egoístas por carecer de principios éticos suficientemente solidarios o porque fueran menos conscientes de la gravedad de la situación del entorno natural. Sin embargo, y desgraciadamente, no es así. “Las discrepancias entre discurso y comportamiento se dan también entre los sectores más concienciados ambientalmente: también aquí, por desgracia, hay mucho trecho del dicho al hecho, demasiadas veces. A menudo, en estos sectores ecológicamente más conscientes, tales discrepancias y contradicciones se justifican minimizando los efectos de la conducta personal: lo fundamental, se nos dice, no son los cambios personales que yo podría introducir en mi vida (cuyos efectos globales serían despreciables), sino los cambios estructurales que realmente vayan a la raíz de los problemas. Parece sin embargo que minimizar los efectos de la conducta individual no está justificado. En primer lugar, los comportamientos individuales diferentes pueden tener un impacto ambiental espectacularmente distinto: los efectos agregados de estos comportamientos individuales deberían ser también espectacularmente diferentes. Es mucho lo que puede hacerse en la esfera puramente individual o familiar, o en el pequeño círculo de nuestras amistades. En las sociedades con economía de mercado, esa soberanía del con-

sumidor frecuentemente invocada pero en la práctica casi inexistente podría sin embargo llegar a convertirse en una fuerza política real. La agregación de los cambios de los hábitos de consumo de muchas personas podría cambiar muchas cosas. Un segundo e importante argumento en esta línea es el que podríamos llamar argumento del poder de los buenos ejemplos. Si en la transición hacia la sociedad sustentable no necesitaremos vanguardias omniscientes, en cambio son inexcusables las minorías ejemplares²².

La generalización de estos comportamientos contribuye a explicar que “uno de los aspectos más contradictorios de la evolución social registrada en este último cuarto de siglo sea la conjunción de una creciente conciencia ecológica con un comportamiento crecientemente antiecológico, tanto en el plano individual como colectivo. Los datos disponibles lo indican claramente. Los daños infringidos a la Naturaleza, tanto en los países que ya han sido desarrollados como en los que están siéndolo en la actualidad, no hacen más que aumentar, tanto en términos agregados como si se calculan por persona, y ello pese a la continua predicación ecológica y a los esfuerzos tecnológicos que se han venido realizando para ocultar o suavizar la destrucción²³”.

Debemos aceptar que algunos sectores de la población no sean conscientes de que el gran conflicto de fondo de la crisis ecológica lo constituya la insostenibilidad de las formas de producir y consumir del mundo desarrollado. Sin embargo, parece inevitable aceptar también que otros sectores prefieran ignorar ese conflicto de fondo porque no están o estamos dispuestos a renunciar a nada del bienestar material obtenido hasta la fecha y del que se nos anuncia en un futuro inmediato. Y para ello se acude normalmente tanto al mito del progreso como al tecnológico: el tiempo y la tecnología acabarán con esa contradicción. Así que las esperanzas de una pronta resolución o de un atemperamiento de la crisis ecológica resultan remotas. Transformar los valores profundos sobre los que se asienta la sociedad siempre resulta tarea lenta. Sin embargo, la crisis ambiental requiere soluciones urgentes, y sólo podría contribuir a paliarla una fuerte conciencia ética, la que nos permitiría elegir el bien común incluso en contra de nuestro inmediato interés individual. Este tipo de dilemas no tienen nunca una salida simple. Normalmente, la única respuesta la solemos encontrar en el cambio de las reglas del juego, esto es, en el conflicto social y en la transformación de las coordenadas culturales en las que nos desenvolvemos. En cualquier caso, por mucha que sea la dificultad y el

22. Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.

23. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8. Lanzarote, 2000, pág. 32.

tiempo requerido, siempre será mejor avanzar algo que nada y un poco antes mejor que un poco después.

Problemas internos

Las dificultades para resolver los problemas ambientales no están relacionados tan sólo con la manera en que realizamos nuestras elecciones, sino también frecuentemente con la forma en que los humanos procesamos la información, con la forma en la que la distorsionamos para evitar nuestras contradicciones o para que armonice con nuestras ideas preconcebidas. Este fenómeno ha sido muy analizado por la psicología cognitiva desde hace décadas bajo el nombre de teoría de la disonancia cognitiva. “Básicamente, la disonancia cognitiva es un estado de tensión que se produce cuando un individuo mantiene simultáneamente dos cogniciones o certezas (ideas, actitudes, creencias, opiniones) psicológicamente incompatibles. Dicho de otro modo, dos cogniciones son disonantes si, considerándolas aisladamente, la opuesta a una sigue a la otra. Puesto que la producción de una disonancia cognitiva es desagradable, las gentes se ven impulsadas a reducirla. Mantener dos ideas que se contradicen es jugar con el absurdo, y el hombre es una criatura que se afana toda la vida intentando convencerse de que su existencia no es absurda. ¿Cómo nos convencemos de que nuestras vidas no son absurdas? Es decir, ¿cómo reducimos la disonancia cognitiva? Cambiando una o ambas de las cogniciones o certezas para hacerlas más compatibles (más consonantes) entre sí, o añadiendo nuevas condiciones que ayuden a tender un puente entre las originales. Los individuos distorsionarán el mundo objetivo para reducir la disonancia, a la gente no le gusta ver u oír cosas que la pongan en conflicto con sus más profundas creencias”²⁴.

La reducción de la disonancia, que nos sirve en muchas ocasiones para mantener una imagen positiva de nosotros mismos, para mantener la autoestima que necesitamos para afrontar muchos de nuestros retos, se comporta con respecto a nuestra posición frente a la crisis ecológica como un mecanismo que nos conduce a minimizar el problema. Porque en situaciones negativas, pero consideradas inevitables, las personas modificarán sus actitudes o creencias y relativizarán las informaciones que pudieran inducir al pesimismo. Cuanto más amenazadora e inevitable parezca una catástrofe, más se tenderá a restarle importancia, incrementando, como no puede ser de otra forma, el peligro que se debería afrontar. Este comportamiento psicológico nos ayuda a explicar que, pese a lo difícil que resulta ignorar el conflicto ambiental, haya tantas personas que

Si la huella ecológica de toda la población mundial fuera como la de los lanzaroteños, necesitaríamos dos planetas como la Tierra para vivir

24. Elliot Aronson, *El animal social. Introducción a la psicología social*. Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág. 149.

continúen obviándolo. Por ejemplo: la preocupación en la sociedad lanzaroteña ante la posibilidad de que Repsol se dedique a extraer petróleo frente a nuestras costas es en estos momentos ciertamente notable, pero disminuirá si llega a convertirse en una realidad ante la que consideremos que ya nada puede hacerse.

Así que existen limitaciones inherentes a nuestra psique a la hora de deliberar y actuar. La moderna psicología cognitiva ha mostrado que importantes fuentes de prejuicios y distorsiones son inseparables de los procesos reflexivos y pueden tener una incidencia importante en cómo afrontamos los desafíos del conflicto ambiental²⁵. Una fuente de deformación adicional de nuestro conocimiento es el llamado efecto de representatividad: sobrevaloramos los casos particulares y las experiencias personales en detrimento de las informaciones más generales y objetivas. Tenemos una gran tendencia a considerar representativo a un aislado y único incidente, a convertir la anécdota en categoría. Y las consecuencias de la crisis ambiental permanecen en la mayoría de las ocasiones al margen de nuestra experiencia personal, porque el tiempo y el espacio son factores clave en lo relativo a las reacciones ante el medio ambiente. Diversas investigaciones han mostrado que las personas se sienten menos implicadas emocionalmente en los acontecimientos lejanos en el tiempo y en el espacio. En la medida en que esto sucede, nos resulta más fácil ‘externalizar’ hacia otros espacios o sociedades buena parte de los problemas ecológicos y desentendernos emocionalmente de las consecuencias de nuestros actos.

Una parte importante de la inercia cognitiva que nos caracteriza parece tener que ver con dos mecanismos bien conocidos de ‘pereza mental’: por *aquiescencia*, aceptamos los problemas dentro de la formulación con que se nos aparecen, sin generar espontáneamente versiones alternativas (que acaso permitirían resolver el problema con mayor facilidad). Por *segregación*, aislamos el problema de su contexto global y hacemos que ocupe el centro exclusivo de nuestra atención. En lugar de tomar en consideración todos los pros y los contras, en vez de construir mentalmente las distintas situaciones globales posibles, estamos inclinados a limitarnos a las acciones y decisiones que tienen un efecto inmediato sobre la situación (considerada además dentro de su marco inmutable: *aquiescencia*). Resultan obvias las dificultades que tales mecanismos plantean cuando se trata de hacer frente a los problemas ecológicos. Otro factor conocido de distorsión cognoscitiva es el exceso de confianza. La gente está demasiado segura de que ya conoce la res-

La escasez de los recursos agravará notablemente los conflictos entre los países para su control

25. Los ejemplos utilizados a continuación pertenecen al libro de Jorge Riechmann *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000.

puesta a las cuestiones, lo que la hace menos dispuesta a asumir nueva información e interesarse por los nuevos modos de considerar el mundo. En resumidas cuentas: las investigaciones en psicología cognitiva muestran que, a causa de limitaciones cognitivas intrínsecas a los seres humanos (entre ellas, nuestra limitada capacidad de asimilar y manejar información), tendemos a no percibir claramente las restricciones ecológicas, y a considerarlas con un nivel exagerado de confianza; tendemos a sobrevalorar la experiencia local (en el tiempo y en el espacio) y a infravalorar los principios más generales que podrían ayudarnos a superar las limitaciones de la experiencia personal; infravaloramos el cambio y las nuevas informaciones, mientras que por el contrario esperamos ‘más de lo mismo’, haciendo gala de una notable pereza cognitiva. Así que podemos concluir que algunas dificultades importantes para encarar con suficiente racionalidad el problema ambiental se encuentran dentro de nosotros.

La puerilización de la sociedad

Pero hay otro factor importante, que atañe a la sociología en lugar de a la psicología, que engrosa nuestras dificultades para afrontar el conflicto ambiental: ese fenómeno que algunos sociólogos han calificado como ‘la puerilización de la sociedad’. La conjunción del increíble incremento de la riqueza, la implantación del Estado del bienestar y el individualismo imperante en la cultura de masas que caracteriza nuestra época han terminado por “crear una infantilizada cultura de la queja, en la que papáito siempre tiene la culpa y en la que la expansión de los derechos se realiza sin la contrapartida de la otra mitad de lo que constituye la condición de ciudadano: la aceptación de los deberes y las obligaciones”²⁶. Se produce, en realidad, “esa paradoja del individuo contemporáneo pendiente hasta la exageración de su independencia pero que al mismo tiempo reclama cuidados y asistencia, que combina la doble figura del disidente y del bebé y habla el doble lenguaje del no conformismo y de la exigencia insaciable”²⁷.

Esta realidad no surgió exclusivamente del consumismo, sino también de la revuelta contestataria que le acompañó: *Lo queremos todo, y lo queremos ahora*. “Este grito de guerra sesentayochista no es una consigna de emancipación sino –me temo– la expresión de un fracaso cultural profundo. Hace pensar en infantilismo; también en drogadicción. Puerilización del mundo”²⁸. Así que parece que la liberación de las necesidades materiales primarias no ha alumbrado un ciudadano más consciente sino, muy al contrario, debilitado el

¿Qué nivel de consumo podría permitirse la humanidad sin poner en peligro los ecosistemas?

26 Robert Hughes, *La cultura de la queja. Trifulcas norteamericanas*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1994, pág. 21.

27 Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1996, pág. 14.

28 Jorge Riechmann, *Un mundo vulnerable. Ensayos sobre ecología, ética y tecnociencia*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 60.

componente ciudadano de muchas personas. Porque para que exista ciudadanía resulta necesario que el individuo acepte una cierta suspensión de su punto de vista privado para tomar en consideración el bien común, para entrar en el espacio público donde las personas hablan de igual a igual. Es decir, lo contrario de lo que está ocurriendo en Occidente, donde los individuos se consideran tan inocentes como dispuestos a no hacer otra cosa que culpar a los políticos y a la sociedad de todas sus frustraciones personales y, en consecuencia, a reclamar a otros la resolución de todos sus problemas (el clima de victimismo y desprecio por los políticos que se vive en Lanzarote es buena muestra de este asunto). Difícilmente una sociedad en la que el número de privilegiados que reclaman el papel de víctimas no hace sino crecer podrá encarar la resolución de un conflicto que se produce en el espacio más público en el que podamos pensar: los ecosistemas. Pedirle a este ciudadano-niño, que lo quiere todo y ya mismo, que renuncie a una parte de las golosinas para salvaguardar el entorno físico y para solidarizarse con el resto de los humanos que habitan en él y con sus descendientes parece pedirle demasiado.

La democracia y los problemas ambientales

Hasta el momento, nos hemos dedicado sobre todo al análisis de los conflictos y las contradicciones que surgen con la 'sustancia' de las sociedades ricas, el crecimiento económico, y con nuestras propias dificultades para transformar los comportamientos que han provocado la situación; hora es de interesarse por la relación entre los problemas ambientales y la 'forma' en que se organizan estas sociedades: el pluralismo político plasmado en el funcionamiento de la democracia representativa²⁹. Defenderemos que la democracia liberal de competencia no asegura las mejores decisiones y no permite identificar correctamente ni resolver los conflictos ambientales. Y esta dificultad comienza por la manera que tiene la democracia liberal de recoger las preferencias de los ciudadanos: 1) porque se contemplan exclusivamente las de quienes están en condiciones de votar; 2) porque se forman a partir de los individuos que eligen según sus intereses; y 3) porque las decisiones se toman privadamente, sin que se exija razón alguna.

1. *El sistema contempla exclusivamente las preferencias de quienes pueden votar.* La clase política, para atraer el máximo número de votos, promete todo a todos. El objetivo es poder realizar la mayor cantidad de promesas y satisfacerlas sin perjudicar a nadie que esté en condiciones de votar. Esto sería posible siempre que exista la

Si en la transición hacia la sociedad sustentable no necesitaremos vanguardias onmiscientes, en cambio son inexcusables las minorías ejemplares

29. Para ello recurriremos, a menudo literalmente (aunque no repetiremos la cita), a la argumentación utilizada por Félix Ovejero en su libro : *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

La crisis ambiental sólo podría paliarse con una fuerte conciencia ética que nos permitiera elegir el bien común incluso en contra de nuestro inmediato interés individual

posibilidad de que los beneficios de unos no requieran las pérdidas de otros. Es decir, siempre que pudiera garantizarse la abundancia. Sin embargo, en un mundo con recursos escasos o no renovables a escala humana resulta imposible. Así las cosas, se trata de encontrar individuos dispuestos a asumir los costes sin reclamar beneficios, esto es, sobre los que puedan recaer los perjuicios que acompañan a los beneficios de quienes votan. Y tales individuos existen: los ciudadanos de otros países y las generaciones futuras. Sus preferencias no están recogidas por el sistema.

La sociedad lanzaroteña ha elegido, por ejemplo, un sistema de transporte motorizado privado que provoca una contaminación y un consumo energético claramente excesivos; sin embargo, los mayores peligros ambientales de la extracción y el refinado del combustible fósil no afectan a nuestro territorio y, además, la contaminación atmosférica se la lleva el viento, es decir, se la trasladamos a otros. Por lo tanto, las protestas sobre las consecuencias ambientales de ese modelo de transporte son casi inexistentes, porque quienes sufren esas consecuencias no viven ni votan en Lanzarote. La prueba de ello es que no ha comenzado a hablarse en esta Isla de ese conflicto ambiental hasta que se ha vislumbrado la posibilidad de que afecte a quienes decidimos aquí, hasta que ha surgido la amenaza de la extracción de crudo en las costas de la Isla. Con el crecimiento turístico ocurre algo parecido: de su continuidad, la mayoría de los votantes recibe, además de inconvenientes, sustanciales beneficios, razón por la que se continúa construyendo. Quienes recogerán exclusivamente los perjuicios son las próximas generaciones que habiten en Lanzarote: se encontrarán un territorio masificado, no sólo no podrán continuar levantando alojamientos turísticos sino que tendrán que dedicar buena parte de sus recursos a paliar las consecuencias urbanísticas y medioambientales de nuestra herencia. Pero los que vienen detrás de nosotros no votan, sus preferencias o sus intereses no son tenidos en cuenta por el sistema, porque si los políticos los tuvieran en cuenta tendrían que restringir parte de nuestros beneficios y la mayoría de la ciudadanía dejaría de votarles.

2. *El sistema sólo recoge información sobre preferencias que se forman a partir de intereses.* La democracia liberal y el sistema económico no contemplan el interés general como motor de la sociedad, sino que se piensa que la suma de intereses egoístas acabará produciendo el bien común. De hecho, cada día avanzan más las propuestas para privatizar los problemas ambientales: valga

como ejemplo la proposición de implementar un mercado de emisiones, aceptado en Kioto, para que las empresas puedan comprar o vender sus derechos a contaminar el ambiente. No vamos a discutir aquí lo que nos parece una obviedad: la privatización del medio ambiente no contribuirá a resolver su crisis, y son muchos los ejemplos que podrían ponerse. Pero el problema se agrava, además, porque no se produce una información adecuada que permita a los individuos conocer sus auténticos intereses, oscureciendo las relaciones entre sus acciones y las consecuencias de éstas. No ha de extrañar, por tanto, que paradigmáticos comportamientos irracionales como la preferencia injustificada por el presente y la propensión exagerada al riesgo escasamente justificado sean habituales en el caso de los problemas ecológicos.

La agricultura canaria puede servirnos de ejemplo. A la búsqueda del criterio sustancial, la maximización del beneficio privado, se anima a los agricultores a utilizar cualquier medio disponible a su alcance: Canarias es una de las regiones del país donde más se abusa de fertilizantes y pesticidas. Los agricultores incrementan sus ganancias a corto plazo a costa de su salud y de la contaminación del suelo, o sea, a costa de su futuro. Parece lógico concluir que quien pone en peligro su futuro no debe ser absolutamente consciente de las secuelas de sus actos. Pero las consecuencias van más allá del ámbito privado: los consumidores de los alimentos así producidos padecen una contaminación cuyas derivaciones desconocen en la mayoría de las ocasiones. Los ejemplos sobre las diferentes contaminaciones que padecemos a causa de las acciones de otros son incontables, y suelen producirse sin que quienes los inducen y quienes los padecen sean conscientes de las consecuencias. Todos estos acontecimientos o procesos tienen indudables efectos sobre la vida de los individuos, aunque éstos no puedan reconocerlos. De modo que puede sostenerse que la ausencia de información suficiente para tomar nuestras decisiones se revela consustancial al sistema político-económico que utilizamos para estructurar la convivencia, y que no parece que se den las condiciones más elementales para que las preferencias se muestren sensibles a los problemas ecológicos.

3. *Las preferencias de los individuos se conforman en el ámbito privado*, sin que tengan que apoyarse en razones que justifiquen socialmente las opciones elegidas. No hay que dar razones, porque no caben razones públicas de por qué se quiere algo. Mientras las razones lo son para todos y comportan un reconocimiento de crite-

Los individuos distorsionarán el mundo objetivo para reducir la disonancia, a la gente no le gusta ver u oír cosas que la pongan en conflicto con sus creencias

rios universales, los intereses pertenecen a cada cual. En este escenario, cuando los individuos negocian desde el interés tienen razones –y por lo tanto lo harán– para ocultar sus preferencias, para distorsionarlas o para sobrevalorarlas y, de ese modo, obtener un resultado más favorable a sus objetivos. Así, asistiremos a la negociación con el poder político de empresarios que reciben cuantiosas subvenciones por no llevar a cabo las destrucciones con las que amenazan, campesinos encantados de recibir dinero por no realizar tareas con efectos contaminantes, pescadores que pondrán fin al expolio de los ecosistemas marinos y hundirán sus barcos a cambio de contraprestaciones económicas... O veremos a ciudadanos que, como decíamos, se pronuncian contra la excesiva ocupación del territorio por la industria turística a la par que apoyan a los alcaldes que les permitirán continuar construyendo o que exigen ese derecho frente a la conservación del ecosistema en cuanto se discuten las normas urbanísticas o cualquier plan para la protección del territorio (la actual discusión sobre el proyecto del Plan para el espacio protegido de La Geria es un ejemplo más).

La manera en la que se gestionan y se eligen las preferencias bastaría para defender la insolvencia de la democracia liberal a la hora de identificar las dificultades ecológicas. Pero existen otras razones añadidas para examinar su funcionamiento, porque no es únicamente que la democracia representativa de competencia carezca de sensibilidad ecológica, no sólo es que no resuelva, es que agrava. Y eso tiene que ver con el otro aspecto: con el mecanismo.

El primer paso para evaluar la competencia de la democracia liberal ante los problemas medioambientales es mostrar la dinámica de funcionamiento de estos últimos: a) los agentes responsables de las acciones (deforestación, capturas pesqueras, contaminación, etc.) obtienen un beneficio inmediato y generan unos costes ambientales que no pagan ellos en particular, que recaen sobre la comunidad; b) no resulta fácil –con bajo coste– controlar sus acciones; c) los mecanismos, las secuencias causales, que vinculan la acción con sus desastrosas consecuencias (efecto invernadero, capa de ozono...), son relativamente opacos; d) aunque los individuos reconocen lo inconveniente de sus acciones, no está en sus manos modificar las cosas, no pueden dejar de participar en una carrera que a nadie complace y cuyo final, desastroso, resulta indeseable para todos (volvemos a la estructura del dilema del prisionero: si los demás adoptan estrategias conservacionistas, lo que yo haga es poco relevante, de modo que lo mejor es procurar mi beneficio; si

Tendemos a no percibir claramente las restricciones ecológicas y a considerarlas con un nivel exagerado de confianza

los demás devastan, otro tanto; como todos piensan lo mismo, es mejor anticiparse...).

Además, el ámbito exclusivamente nacional de la democracia liberal dificulta la solución a un problema que es global: los ciudadanos de cada país tienen razones –egoístas– para votar contra los de los otros, cosa que inevitablemente harán para anticiparse a una acción parecida de los demás. Un partido que, para preservar la atmósfera del planeta, prometiera medidas en el país para reducir las emisiones a costa de unos niveles de crecimiento económico menores tendría pocas posibilidades de acceder al gobierno, sobre todo si no tiene –ni puede tener– garantías de que en otros países adoptarán la misma política. Por otra parte, el mercado político sitúa a los partidos en la complicada tesitura de hacer propuestas que recojan los intereses de todos, pero que, a la vez, no atenten contra los intereses de nadie. El resultado es que se ofertan programas ambiguos o vacíos, las propuestas no interesan a nadie, la política se diluye en el abstencionismo general y los sistemas políticos pierden su eficacia a la hora de detectar los intereses. Las ofertas políticas poco atentas con la naturaleza, los ciudadanos de otros países y nuestros descendientes permiten escapar a ambas tensiones: por una parte, se trata de propuestas con perfiles que no molestan a ningún votante; por otra, las propuestas no hacen sentir a los individuos que están actuando contra otros miembros de su comunidad, antes al contrario, perciben que sus conciudadanos también comparten el mismo interés común. De ese modo se salvan buena parte de las dificultades psicológicas que acompañan a la actividad pública: se refuerza el sentido de la comunidad, se aumenta el sentimiento de ‘estar de acuerdo’, y todo ello se hace de modo preciso, sin vaguedades y sin actuar contra ningún ciudadano.

Si en un escenario competitivo existe una posibilidad de obtener una ventaja, todos se ven obligados a adoptarla. Lógica que se vuelve particularmente perversa cuando, como es el caso, se opera sobre un horizonte temporal limitado: las próximas elecciones. Los políticos tienen la perpetua tentación de ir vendiendo el patrimonio para que disfruten de los beneficios los accionistas presentes, los únicos ante los que responden. No resulta interesante transmitir una información realista de cómo están las cosas cuando es posible aplazar los problemas a otros, a otros votantes y a otros gestores. Por lo demás, cuando los consumidores/votantes no están dispuestos a asumir los costes de problemas tan públicos como los ambientales, ni tienen razones no egoístas para confiar en los profesiona-

Los individuos se consideran tan inocentes como dispuestos a culpar a los políticos y a la sociedad de todas sus frustraciones personales

Pedirle a este ciudadano-niño que renuncie a una parte de las golosinas para salvaguardar el entorno es pedirle demasiado

les de la política, a éstos no les queda más que seguir adelante con la ficción. Mientras la resolución de los problemas ecológicos requiere, más que cualquier otro caso, grandes dosis de realismo, el sistema alienta el ocultamiento de unos datos que, además, siempre se mirarán con escepticismo, puesto que ponen en cuestión la conveniencia de continuar incrementando sin límites los beneficios de los votantes. Así que no parece que la democracia de competencia electoral que utilizamos para organizar la convivencia constituya el mecanismo más adecuado para afrontar la crisis ecológica que afecta al planeta.

El desarrollo sostenible

Hasta aquí hemos tratado de describir cuál es en nuestra opinión la situación y las dificultades para afrontar su solución. Se trataría a partir de ahora de abordar las respuestas que esta situación está provocando en las formas y en los contenidos de la acción política. Simplificando, quizá en exceso, podemos agrupar en dos las alternativas ofrecidas desde los sectores con mayor poder económico y político de nuestras sociedades: la primera, la de aquellos que niegan incluso la existencia de la propia crisis ambiental y proponen continuar como si nada. El liderazgo de esta corriente política pertenece, obviamente, a los fundamentalistas cristianos que gobiernan actualmente los Estados Unidos. Las propuestas para permitir el incremento de la contaminación de las empresas norteamericanas, para aumentar la tala de bosques, comenzar a extraer el petróleo de Alaska y, sobre todo, la negativa a suscribir el protocolo de Kioto, ignorando el proceso de calentamiento global, constituyen unos pocos ejemplos suficientemente significativos que justifican la consideración de que esa corriente política supone una de las grandes amenazas para la futura conservación de los ecosistemas.

La otra alternativa surge de los espacios menos sectarios del poder, que han dejado ya hace tiempo de negar que el medio ambiente constituye un problema. Se acabaron los tiempos en los que todos los ecologistas eran despreciados como románticos poco realistas; al contrario, “la consolidación de los principios ecológicos en el mundo de la terminología políticamente correcta ha despertado el interés de los gobiernos hacia el debate ecológico como potencial fuente de imagen”³⁰. Así ha surgido un nuevo discurso ambientalista donde la estrella que todo lo alumbra es el “desarrollo sostenible”. El término fue adoptado por la Comisión Brundtland en 1987, y convertido ya en talismán universal en la Conferencia de Río de 1992. El desarrollo sostenible se ha convertido en la respuesta de

30. Antonio Estevan, “El nuevo desarrollismo ecológico”, *Cuadernos del Guincho*, n.º 8. Lanzarote, 2000, pág. 40.

casi cualquier político o empresario –al menos en Europa– ante los desafíos que plantea la crisis ecológica. Sin embargo, el término plantea serios problemas, “el concepto de desarrollo sostenible es científicamente inconstruible. Culturalmente es desorientador, porque esconde las ideas y valores alternativos y no altera los términos del dilema planteado en la civilización industrial. Políticamente es engañoso: reconoce que hay alguna cosa equivocada pero sugiere que el error puede corregirse con dosis mayores de las mismas medicinas. El anuncio de un desarrollo sostenible actúa en este doble frente. ‘Desarrollo’ es la reafirmación, el recordatorio de que el camino seguido ha sido acertado. ‘Sostenible’ es la promesa de un futuro sin restricciones ni decadencias. Así se establece su marco y su función ideológica”³¹.

Los años del “desarrollo sostenible” han producido algunos cambios. No puede negarse que en los países ricos (con España a la cola) se han introducido y aplicado políticas medioambientales en las últimas décadas, ni que esas políticas hayan tenido o vayan a tener efectos positivos. Tampoco que, pese a lo limitado de las propuestas, las *Directrices* del Gobierno de Canarias o la *Estrategia* y la *Moratoria* del Cabildo de Lanzarote supongan un avance sobre la situación anterior. Ahora bien, lo que resulta obvio es que tras esos años la situación del medio ambiente no ha mejorado. Al contrario, casi todos los indicadores importantes en Occidente, España, Canarias y Lanzarote han empeorado sustancialmente. En consecuencia, debe sostenerse que el cambio que se anuncia bajo la etiqueta del desarrollo sostenible se revela absolutamente insuficiente para afrontar los conflictos ambientales. Y que la transformación social y política que se requiere para hacerlo debe ir bastante más allá, empezando por cuestionar las bases sobre las que asienta el sistema, las políticas y las económicas.

El dilema de Russell y el gobierno global

El fracaso del desarrollo sostenible y el consiguiente agravamiento de la crisis ecológica nos obligan a cuestionarnos el territorio político en el que debieran afrontarse las posibles soluciones. Si nos alejamos del poder y nos acercamos a espacios más alternativos, encontraremos también una diversidad de opciones que, por simplificar, reduciremos de nuevo a dos: la vía autoritaria y la que progna una profundización democrática.

Es cierto que el espacio del ecologismo político está habitado por individuos mucho más proclives al componente libertario de los proyectos políticos que al autoritario; sin embargo, si la democra-

Los que vienen detrás de nosotros no votan, si los políticos los tuvieran en cuenta tendrían que restringir parte de nuestros beneficios y la ciudadanía dejaría de votarles

31. Ernest García, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, págs. 8-11.

cia representativa se muestra incapaz de resolver el conflicto ambiental, no puede extrañar que surjan algunas propuestas que pongan en cuestión esa democracia, y aboguen por una suerte de despotismo ilustrado de corte ambiental. Ya en 1975 Wolfgang Harich propugnaba un “comunismo sin crecimiento”, de matiz inequívocamente autoritario, como el único camino posible para garantizar la continuidad de la especie en unas condiciones ecológicas sustentables³². El dilema no es nuevo. “La idea la formuló hace ya tiempo un pensador liberal y racionalista como Russell, quien, enfrentado a problemas no muy diferentes de los que nos ocupan, proponía una suerte de autoridad mundial. La sugerencia de Russell casi siempre se despachó como el delirio propio de un filósofo con escaso sentido de la realidad. Desgraciadamente, las opiniones de Russell eran algo más que locuras. Al fin y al cabo, Russell, además de liberal, era uno de los lógicos más importantes del siglo XX.

Los agricultores incrementan sus ganancias a costa de su salud y de la contaminación del suelo, a costa de su futuro

“El dilema parece obligar a elegir entre respetar la democracia y proporcionar soluciones a problemas de la magnitud del conflicto ecológico. Si hay que aceptar como inevitable la ontología social de la democracia liberal y, a la vez, se está dispuesto a reconocer –como hay razones para hacerlo– la prioridad absoluta de los problemas ecológicos, la propia naturaleza de éstos impone acabar con la democracia liberal. Dada la naturaleza del escenario ecológico, el carácter interdependiente de las acciones y el ámbito planetario de las repercusiones, se impone una toma de decisiones a escala planetaria. La solución de los problemas ecológicos requiere hacer propios los intereses de otros, requiere de una disposición cooperativa con las generaciones futuras y con los otros, que son todos los habitantes del planeta.

“¿Hay que resignarse y elegir, para decirlo a la tremenda, entre la supervivencia y la democracia? Resulta tentador rechazar el dilema. Cuando la vida nos emplaza en elecciones ingratas, es inmediata la tentación de ignorar sus envites. Pero hay que evitar la tentación. En los asuntos ecológicos, las fantasías no caben. Si algo sabemos, es que ya no todo es posible. Y la ‘ilusión de solución’ es parte del problema. Hay que desconfiar de las respuestas rápidas. Sabemos de la bien predispuesta vocación de los humanos a creer que todos los sueños son conciliables y de la menos honrosa disposición de los intelectuales y los políticos a alimentar su insania.”³³

La idea de un cierto gobierno mundial, pero de carácter democrático en este caso, aparece también en muchas de las propuestas que

32. Wolfgang Harich, *¿Comunismo sin crecimiento? Babeuf y el Club de Roma*. Editorial Materiales, Barcelona, 1978.

33. Félix Ovejero, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002, págs. 213-218.

colocan la solución de los problemas ambientales en un lugar central. Se argumenta que los asuntos globales deben ser encarados por instituciones globales que no dependan apenas de los intereses locales que dificultan la toma de las decisiones que se revelan como imprescindibles. Sin embargo, tampoco escasean las voces que alertan de la deriva escasamente democrática de esta solución y de los problemas que ya ha creado la globalización en este sentido. No obstante, aunque la descentralización política aparezca como un objetivo tan loable en la teoría, lo cierto es que parece obligado reconocer que tampoco el acercamiento del poder a los ciudadanos, como el que ha supuesto el proceso autonómico en España u otras soluciones federales, nos han situado en una vía que nos permita afirmar que la solución de los problemas ambientales se encuentra un poco más cerca. Y es que descentralización política y democracia no son, ni mucho menos, y por más que algunos lo crean, conceptos sinónimos.

Un final sin receta

No creemos que una solución autoritaria garantice los resultados ecológicos que hasta la fecha echamos en falta, y además constituiría una alternativa indeseable por muchos otros motivos. No parece realista apostar por la posibilidad de un gobierno mundial que pudiera acudir a una especie de despotismo ilustrado de corte ambientalista. Tampoco lo esperamos, es verdad, de la vía más generalizada en el movimiento ecologista: la profundización del proceso democrático. La realidad parece indicar que difícilmente las mayorías de las distintas sociedades van a optar a corto plazo por formas y objetivos políticos que pongan el acento en la solución de la crisis ecológica en lugar de hacerlo en el crecimiento económico destinado al consumo. Desgraciadamente, somos de la opinión de que la crisis ambiental continuará agravándose durante un tiempo, hasta que la evidencia de sus consecuencias, hasta que el incremento de los desastres naturales nos obligue a cambiar el paradigma político imperante en el mundo actual. Somos pesimistas, pero no por gusto; quizá por eso uno de los motivos que en el fondo nos ha impulsado a escribir este artículo sea la posibilidad de que alguien nos contestara y pudiera convencernos de que nuestra percepción es errónea.

Pese a lo dicho, acudimos al terreno de la voluntad para mostrar nuestro deseo de sumarnos a las corrientes del ecologismo que apuestan por la renovación o la profundización del proceso democrático, porque existen muchas otras razones políticas, al mar-

El mercado político sitúa a los partidos en tesitura de hacer propuestas que recojan los intereses de todos, pero que no atiendan contra los intereses de nadie

No resulta interesante transmitir una información realista de cómo están las cosas cuando es posible aplazar los problemas a otros

gen del aspecto ambiental, que hacen deseable la apuesta por la democracia. Y ello, insistimos, pese al escepticismo a que obligan las dudas planteadas en este artículo, y a que el último siglo ha sido la época del acceso de las masas a la política y en el que la participación de la población ha sido mayor que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad. No obstante, resulta obligado constatar la inexistencia de una receta que resuelva las contradicciones que aparecen en esta discusión. “Parece que el cambio hacia una mayor sostenibilidad demandaría cambios, no sólo en las finalidades y objetivos de la política, sino también en sus formas, y supondría otra democracia, una democracia distinta en algunos aspectos de la actual. Sin embargo, las exigencias de la consciencia ecologista oscilan entre un sistema político más experto y otro de mayor participación (a veces, ambas cosas al mismo tiempo). Aparentemente, las demandas son contradictorias. La tensión entre el *motivo de participación*, ligado doctrinalmente a teorías de democracia radical de la nueva izquierda y dirigido en la práctica a llenar de contenido la democracia representativa, y el *motivo de supervivencia*, ligado al debate sobre si el instrumento del cambio en el sistema de necesidades debe ser la coerción o la reforma voluntaria, así como la especulación sobre la eventual superación de esta tensión en un camino emancipatorio, son temas usuales en la literatura ecopolítica. La incapacidad de resolver esa tensión explica tal vez el hecho de que las formulaciones desde el ecologismo sobre qué características habría de incorporar la democracia son más bien raras y precarias”³⁴.

Nos gustaría pensar que un relativo acercamiento de la democracia representativa actual al modelo de la antigüedad clásica, mucho más participativo y deliberativo, la pertrecharía mejor para afrontar la conservación de los ecosistemas, pero esa vía será difícilmente practicable en un planeta poblado por más de 6.000 millones de personas. Lo que si parece obligado es comenzar a pensar en profundizar derechos que dejen fuera del mercadeo de preferencias asuntos claves para el medio ambiente. Es decir, excluir del juego de lo que se puede votar, ‘constitucionalizar’, los asuntos ambientales que afectan sustancialmente a la calidad de vida de las personas y ponen en riesgo la continuidad de esa vida. Más complicado, pero no menos urgente, resultaría encontrar la manera de que el alcance de esos derechos no muera con el paso de una frontera. En el mundo globalizado de los escenarios ecológicos tienen cada vez menos justificación los ‘derechos de bienestar’ derivados de las fronteras, derechos que, como algún filósofo moral ha dicho: “Son

34. Ernest Garcia, *El trampolín fáustico. Ciencia, mito y poder en el desarrollo sostenible*. Ediciones Tilde, Valencia, 1999, pág. 107.

el equivalente moderno de un privilegio feudal: un estatus heredado que mejora notablemente las probabilidades de vida”³⁵.

Lo que sí resulta, en nuestra opinión, indiscutible es que para paliar la crisis ecológica la actividad política tendrá que propugnar un cambio cultural importante en Occidente. Debemos propugnar un estilo de vida material diferente que ponga fin a la “explosión de las necesidades” de los consumidores, que acabe con el criterio de cuanto más mejor y los sustituya por la medida de lo suficiente. Esta transformación sólo puede acudir, por el momento, a la persistente insatisfacción que nuestro modo de vida genera en algunas gentes del Norte y a la resistencia a la expropiación ejercida por los sectores más activos de las poblaciones del Sur. Porque para nosotros es obvio que ningún proyecto político que tenga en cuenta el conflicto ambiental puede continuar sosteniendo el pacto social implícito que conforma nuestra sociedad, y que se ha realizado a costa de la Tierra, del Tercer Mundo y de los seres humanos del mañana. Obligado es aceptar que la hipótesis de la abundancia, del crecimiento económico ilimitado, en la que se han basado todas las grandes alternativas políticas desde la Revolución Industrial, se ha revelado pura quimera.

Nos gustaría pensar que las cosas son más sencillas. Por ejemplo, que la imposibilidad de detener el crecimiento turístico en Lanzarote se ha debido, simplemente, y como parecen pensar algunos, a la perfidia de los dirigentes de la clase política y de la empresarial. Sin embargo, y como hemos tratado de mostrar en este texto, la cuestión se revela bastante más complicada. Ni el sistema político-institucional, ni el sistema económico, ni el consenso social en torno a la prioridad del crecimiento orientado al consumo de masas colaboran a paliar la crisis ecológica, tanto en su vertiente local como en la global. Y transformar ese consenso social se convierte a la vez en la gran prioridad y en la gran dificultad. Porque no podremos encontrar una nueva estabilidad política dirigida a garantizar la continuidad de la vida de la especie humana en condiciones dignas para todos sin un cierto grado de consenso social, pero si ese consenso resulta excesivo, y continúa sustentándose sobre las bases actuales, impedirá la transformación social requerida. Tendremos que asumir que en cualquier salida democrática el consenso y el conflicto constituyen elementos indispensables.

No somos partidarios de practicar el catastrofismo ni creemos en las soluciones mágicas. En el devenir de la sociedad el factor tiempo aparece siempre como un componente fundamental para la reso-

Obligado es aceptar que la hipótesis de la abundancia en la que se han basado todas las grandes alternativas políticas se ha revelado pura quimera

35. Félix Ovejero, *La libertad inhóspita. Modelos humanos y democracia liberal*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

*Para paliar la
crisis ecológica
la actividad
política tendrá
que propugnar
un cambio
cultural
importante en
Occidente*

lución de los grandes conflictos. Y, pese a lo que algunos piensan, creemos que efectivamente se ha producido un innegable progreso en la forma en la que se han organizado las sociedades en muchas partes del planeta. Sin embargo, el pesimismo puede transformarse en realismo cuando dejamos de disponer del tiempo para resolver las dificultades. Y ése es el gran desafío que nos plantea la crisis ecológica: disponemos de poco tiempo. Quizá resulte obligado retomar aquella actitud de los viejos períodos revolucionarios y acompañar al “pesimismo de la razón con el optimismo de la voluntad”. Porque la escasez de tiempo nos revela la urgencia y la necesidad imperiosa de afrontar la transformación del proyecto político en la dirección que nos marca el conflicto ambiental.